

SER ARGENTINO EN CATALUÑA. LOS EXILIADOS DE LA DICTADURA MILITAR Y LA EXPERIENCIA DEL PASAJE *

Silvina Jensen**

Los militares que tomaron el poder en Argentina en 1976 llevaron adelante una política represiva en la que el exilio funcionó como un “sistema de eliminación de la oposición de bajo costo” (*Reencuentro*, Diciembre 1984: 1).

Cataluña fue uno de los destinos privilegiados de esta diáspora heterogénea conformada por los que huían de la tortura y las cárceles legales o clandestinas, por los beneficiados por la “opción”,¹ por los que habían recibidos amenazas o se sintieron amedrentados por el cerco de muerte y desaparición en sus lugares de trabajo, ámbitos de militancia, familia, etc., por los asfixiados por la falta de libertades y por los expulsados de sus empleos públicos tras

* Este trabajo es parte de la tesis doctoral “Suspendidos de la historia/exiliados de la memoria. El caso de los argentinos desterrados en Cataluña, 1976 - ...”, dirigida por el Dr. Josep María Solé i Sabaté y leída en el Departament d’Història Moderna i Contemporània de la Universitat Autònoma de Barcelona en Octubre de 2004.

** Profesora del Departamento de Humanidades de la Universidad Nacional del Sur, Bahía Blanca, Argentina. sjensen@criba.edu.ar

1. La “opción” es un derecho constitucional que contempla que en caso de conmoción interior, el presidente de la Nación tiene la prerrogativa de trasladar a los presos considerados peligrosos dentro del territorio y/o a conceder a los detenidos a disposición del Poder Ejecutivo el beneficio de salir del país. Argentina vivió bajo estado de sitio desde el gobierno democrático de Isabel Perón hasta la normalización institucional de 1983. Durante este período, los militares no sólo anularon ocasionalmente la “opción”, sino que la aplicaron en forma arbitraria y discrecional, suspendiendo las salidas del país de aquellos que el gobierno consideraba amenazas para la seguridad del Estado, dejando a cientos de ciudadanos detenidos sin causa ni proceso y utilizando la “opción” como pena de destierro y ostracismo, en tanto los “opcionados” eran privados de la ciudadanía y estaban imposibilitados de regresar al país.

la aplicación de las leyes pretorianas que sentenciaban su carácter “peligroso” o “subversivo”.²

Cuando Franco aún estaba tibio en su féretro, miles de argentinos perseguidos llegaron a Cataluña y debieron enfrentar el desafío de atravesar varias fronteras: encontrar una sociedad con una fuerte identidad histórica, descubrir el catalán, comprender nuevo sentido de “lo nacional” y del “nacionalismo”, experimentar otras formas de sociabilidad, chocar con diferentes estructuras de pensamiento, hábitos y costumbres. Un conjunto de elementos que pusieron en crisis varios mitos o, por lo menos, que permitieron deconstruir algunas verdades asumidas sin más por argentinos y catalanes, para dar paso a relaciones concretas entre grupos humanos que como consecuencia de la violencia política compartían una misma geografía.

El Estado terrorista argentino había operado como causa eficiente del contacto entre dos sociedades de inmigración: la argentina conformada por un conjunto heterogéneo de etnias producto del aluvión inmigratorio europeo de finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX y la catalana con una reciente inmigración proveniente de otras regiones del Estado español. Sin embargo, este encuentro puso de relieve que la historia inmigratoria de ambas sociedades, no excluía la sorpresa. Por el contrario, perseguidos y dueños de casa estrenaron roles e identidades en una situación inesperada para la que ninguno de los actores estaba totalmente preparado.

Este artículo se propone analizar cómo en el momento del mutuo descubrimiento —cuando prejuicios, mitos y estereotipos cedieron paso a relaciones laborales, personales, culturales, políticas, etc.— los exiliados articularon diferentes “nosotros”.

En las páginas que siguen, intentaré mostrar algunos de los guiones identitarios puestos en juego por los argentinos del destierro de los '70. Si bien asumo que la adscripción a la identidad de desterrados, víctimas, extranjeros, “sudacas” o europeos remitía también al origen del desplazamiento, a la Argentina y a la violencia que impulsó el viaje, este trabajo privilegia la relación de los perseguidos con los “otros” en la sociedad de destino y con la vivencia de inclusión/exclusión en relaciones de género, clase, etc. en Cataluña.

A mi juicio la experiencia catalana del exilio argentino constituye un territorio propicio para estudiar la producción y gestión de identidades por dos motivos. El primero porque todo desplazamiento confronta a sus protagonistas con la cuestión del quiénes son, la búsqueda y el mantenimiento de las raíces y la necesidad de reinscribir sus historias personales en una filiación nacional quebrada, en este caso, por la violencia. El segundo, porque la sociedad catalana hizo (hace) de su “hecho diferencial” algo cotidiano y omnipresente que interpeló de manera

2. La Ley 21260/76 o *Ley de Prescindibilidad* (vigente hasta el 31/12/1976 y prorrogada automáticamente, B.O.E., 25/3/1976) autorizaba a dar de baja por razones de seguridad a cualquier empleado público sospechado de estar vinculado a “actividades de carácter subversivo” o a “actividades disociadoras”.

peculiar al “diferente”, condicionando en el “otro” una permanente apelación al “nosotros” en un movimiento que iba desde la asunción de la alteridad a la reivindicación de la diferencia propia y/o al intento de trazado de puentes, inclusiones y propuestas de diálogo, convivencia y hasta asimilación.

Ser exiliado en la Cataluña del posfranquismo

La toma del poder por parte del general Jorge R. Videla en Argentina el 24 de Marzo de 1976 encontró a la sociedad catalana envuelta en un contexto de plena ebullición y lucha por las libertades, las causas populares, la autodeterminación y la democracia.

Mientras el goteo de destierros argentinos previos al golpe se transformó en una densa corriente de perseguidos que poblaban el aeropuerto del Prat y el puerto de Barcelona en 1976, 1977 y 1978, la vida política y social catalana atravesaba importantes cambios, intentaba liberarse de las rémoras de 40 años de dictadura y negociaba su futuro democrático y nacional.

Si bien las plataformas unitarias –la *Assemblea de Catalunya* y la *Entesa del Catalans*–, los partidos políticos de centro y centro-izquierda –especialmente las distintas agrupaciones del socialismo catalán (*P.S.C.-Congrés* de Joan Raventós, *Federación Catalana del P.S.O.E.* de Josep María Triginer y *P.S.C.-Reagrupament* de Josep Pallach), el *P.S.U.C.* y también *Convergència i Unió*–, las organizaciones sindicales –en concreto *CC.OO.* y *U.G.T.*³– y el profuso entramado de asociaciones no gubernamentales –*Agermanamet*, *Pax Christi*, *Justicia i Pau*, etc.– parecían estar ensimismados en su agenda pública, la propia historia de represión política, cultural, ideológica también generó una empatía que primero sensibilizó a los catalanes frente a las noticias sobre esta nueva oleada de autoritarismo que se cernía sobre el lejano Cono Sur de América Latina y más tarde se trasmutó en gestos, actitudes y políticas concretas de ayuda a los perseguidos que llegaban a Cataluña.

Si el recuerdo de su condición de pueblo represaliado y obligado al éxodo masivo tras el triunfo de los nacionales en la Guerra Civil española hizo de los progresistas de la Cataluña de mediados de los ‘70 un sector sensible al drama de los nuevos desterrados con quienes claramente se sentían identificados (C.C.I.S.P.A.; Julio 1977: 1), los huidos de la Argentina de Videla también se vieron arropados por sus predecesores del destierro conosureño. El arribo de chilenos y uruguayos desde 1973 estrenó canales de participación, solidaridad y denuncia al amparo de *Agermanament* y la *Lliga del Drets del Pobles* que luego el exilio argentino pudo capitalizar, integrándose al trabajo conjunto que permi-

3. V.A. afirmaba: “Había una solidaridad importante en ciertos sectores de *U.G.T.* y *CC.OO.* a tal punto que muchos economistas y abogados argentinos trabajaron mucho ahí en algunos sectores vinculados al *P.S.U.C.* y al *Partido Socialista*. También a algunas comunidades cristianas. Había un grupo cristiano que se llamaba *Agermanament* que funcionaba muy bien y ayudaron a muchísima gente. Había importantes colectivos que dieron solidaridad”(Entrevista a V.A., Barcelona, 5/12/1996).

tía atender los problemas específicos de salud, papeles, vivienda, etc. de los que iban llegando, organizar la ayuda para sacar del país a quienes estaban amenazados y denunciar ante gobiernos municipales, autonómicos, de los estados europeos, las NN.UU., etc. el carácter asesino del régimen pretoriano (Entrevista a M.D., Barcelona, 30/5/1996).

En la Cataluña de mediados de la década del '70, la identidad de exiliado tenía varios referentes. Para los vencidos de la Guerra Civil española, los desterrados eran las otras víctimas del campo derrotado. El aura de prestigio que rodeaba al exiliado republicano auspició una inicial corriente de simpatía hacia los que como aquellos estaban ahora sufriendo las garras de la intolerancia y la persecución injusta en Latinoamérica.

En este contexto, fue frecuente entre catalanes y argentinos el trazado de paralelismos tanto a la hora de ponderar la deuda contraída y reconocer las posibles aportaciones políticas e intelectuales de los recién llegados, como de reclamar solidaridad, criticar la mezquindad, el olvido y la ingratitud o conseguir apoyos políticos para cercar internacionalmente a la dictadura de Videla.

Los lazos entre los exilios republicano y argentino fueron múltiples. El primero, el manifestado por los dueños de casa que de cara a convocar la solidaridad ciudadana, solían recordar que tal como el exilio republicano había sido valorado en México y otros países latinoamericanos, ahora era necesario reconocer el aporte idiomático, profesional, cultural, etc. de cientos de trabajadores intelectuales y profesionales liberales exiliados —especialmente psicólogos y psiquiatras argentinos, sociólogos rioplatenses, economistas chilenos, etc. (C.E.A.R., 1981: 41).

El segundo, el que surgía del pasado de inmigrante y/o desterrado de miles de catalanes y catalanas anónimos. A.A. relataba cómo consiguió su primer trabajo en Barcelona:

“Tuve suerte con otros compañeros de exilio que se ubicaron... Bueno, claro que el que tenía una profesión universitaria se ubica más rápido que el que no la tiene y en poco tiempo conseguí trabajo. Cuando llegué empecé a trabajar como traductor en la Editorial Salvat, con un viejo republicano, muy solidario con todos nosotros, tanto argentinos como uruguayos y chilenos. Porque nosotros nos encontramos acá en España con compañeros chilenos y uruguayos, algunos de los cuales habían estado exiliados en Buenos Aires, escapando de sus respectivas dictaduras... este hombre nos daba, nos ayudaba muchísimo. Era el jefe de traducción de Salvat y las traducciones eran una forma de ayudarnos a ir tirando y él lo manifestaba así. Era muy consciente de lo que estaba haciendo.” (Entrevista a A.A., Barcelona, 8/5/1996.)

El tercero, derivado del pasado de persecución y exilio de buena parte de la dirigencia política, sindical y social catalana.⁴ Desde *Agermanament*, Josep Ribera afirmaba que en Cataluña hubo un plus de solidaridad anclado precisa-

4. Jordi Pujol, Anton Canyelles, Joan Reventós, Alexandre Cirici, Josep M^º Triginer, M^º Aurèlia Campany, Salvador Espriu, Lluís María Xirinacs, Josep M^º Castellet, Joan García Grau, Joan Gomis, Isabel Clara Simó, Antoni Tàpies, Raimon, Juan Marsé, Josep Rivera, Manuel Vázquez Montalbán, entre muchas otros.

mente en el hecho de que “la mayoría de los dirigentes catalanes han pasado el exilio, entonces la sensibilidad la tuvimos. Nunca tuvimos los problemas concretos, prácticos. Siempre se manifestó el intento de buscar soluciones a los problemas educativos, sanitarios... En eso había una facilidad inmediata.” (Entrevista 10/12/1996, Barcelona).

El cuarto derivado de los encuentros concretos entre los republicanos que regresaban a Cataluña y los argentinos que iniciaban el camino del destierro.

Y, por el último, el que resultaba de la construcción de una comunidad de ideas, proyectos, luchas y claro está de derrotas y persecuciones entre los vencidos de la Guerra Civil y las víctimas de la dictadura argentina. Así, la propia experiencia de destierro, persecución y lucha antifranquista operó como un catalizador que retroalimentó ambas causas (Tatar, 14/3/1977). No era raro ver a los argentinos sumarse a las fiestas catalanas de reivindicación nacional, por caso la *Diada del Onze de Setembre* y a la inversa que en los actos de los exilios de Chile, Uruguay y Argentina y con la cobertura de las plataformas unitarias catalanas se uniera el repudio a los dictadores del Cono Sur con el reclamo por el *Estatut de Autonomía* para Cataluña o la libertad de los presos políticos que permanecían en las cárceles españolas. Los argentinos supieron inscribir sus denuncias contra el gobierno del general Videla en la lucha unitaria antifranquista y en una Transición que en Cataluña no sólo se prolongó sino que aunó reclamos por la vuelta a la democracia, la recuperación de las instituciones de gobierno catalán y la reivindicación de la identidad nacional.

Además, el peso del imaginario catalán –asociado por los exiliados a las luchas libertarias, anarquistas, de los militantes socialistas que habían recalado en Argentina en el siglo XIX, de los perseguidos de la España republicana, etc.– operó en un primer momento no sólo como puente hacia la sociedad de destino, sino como bálsamo esperanzador tras la derrota de los proyectos del campo popular en Argentina y ante la progresiva toma de consciencia de la espeluznante particularidad represiva de este nuevo golpe de Estado.

El testimonio de una argentina de la diáspora recoge de manera elocuente los lazos entre argentinos y catalanes en la temprana Transición y explica de qué manera los perseguidos que integraron los primeros comités del exilio recibían la solidaridad de una sociedad que recuperaba la senda de las libertades, apelando de manera sistemática al común pasado de destierro:

“En principio, en el comité recibíamos denuncias de allá [Argentina] y presionábamos a organismos de aquí de DD.HH., sindicatos, partidos. Pensá que era el '77. Pensá lo que pasaba aquí en el '77 y todo estaba aquí emergiendo. Al P.C. lo legalizan en el '77 y todo estaba así... Los sindicatos... pero, eran muy, muy solidarios... CC.OO., el P.S.U.C., los socialistas...”

Con los que más teníamos relación era con el P.S.U.C. Eran los más activos en ese aspecto porque los socialistas, sí, pero eran un poquito como más... burocráticos..., como más partido de gobierno. Ya desde el vamos eran más partido del poder que partido de la resistencia...”

Y las organizaciones de DD.HH. de siempre, *Justicia y Paz*, *NN.UU.*, *Amnesty*... A ellas no diríamos para hacer las denuncias...”

¡Ah!, y teníamos mucha relación con el Abad de Montserrat, Cassià Just, que era muy solidario. Él escribía, pedía..., llegó a tener incluso problemas con los militares... Se dio el caso de compañeros que salen en libertad y que quieren ir a agradecerle porque él había intercedido... La primera campaña que hicimos fue una campaña de firmas para denunciar a la dictadura y las desapariciones sobre todo. Eran escenas increíblemente emotivas. Recuerdo los actos para las primeras elecciones democráticas que se hacen aquí. Nosotros íbamos a los actos de la campaña electoral y se acercaba gente que quería firmar, gente que volvía del exilio... ¡Se te caían las medias! No me olvidaré nunca una señora mayor... Nosotros estábamos ahí con una mesita, unas hojas y un póster. Se acercó una señora y dijo: 'yo quisiera colaborar, pero no sé escribir'. ¡Se te caían las lágrimas, medias, todo! Tenía pasaporte de expatriada, de exiliada... Aquí en Cataluña se dio el caso que un partido nacionalista y burgués como *Convergència* nos apoyó. Entonces eran más radicalizados porque eran antifranquistas y el ser antifranquista los hacía antidictatoriales, antimilitares y hacían que fueran solidarios, muy solidarios con nosotros"(Entrevista a M.D., Barcelona, 30/5/1996).

Del mismo modo se expresaba un médico argentino que vivió su destierro en Girona y Barcelona:

"...había muchísimo interés e incluso en ese momento hay que reconocer que la solidaridad del pueblo catalán y español en general, tanto organizadamente como no organizadamente, era fantástica. Tanto la gente que estaba políticamente organizada, que militaba en partidos políticos de acá –evidentemente de izquierda– como la gente aunque no estuviera militando políticamente tenía sensibilidad por lo que estaba pasando, porque tenían familiares en América, por el apoyo que los países latinoamericanos habían dado al bando republicano durante la Guerra Civil, porque además veían en nosotros un poco la imagen reflejo de su propio exilio republicano. Y además porque se estaba en un momento de gran eferescencia, de gran apertura democrática..."(entrevista a A.A., Barcelona, 8/5/1996).

Sin embargo, la simpatía por la causa de los derrotados no fue unánime. Los resabios autoritarios no sólo marcaban las palabras, sino que se expresaban en los comportamientos de ciertos funcionarios de imborrable recuerdo entre los exiliados argentinos como el célebre Ministro del Interior Rodolfo Martín Villa.

En Octubre de 1978, mientras el texto constitucional español reconocía el derecho de asilo, Villa daba a conocer un decreto por el cual los refugiados sin permiso de trabajo o residencia serían expulsados sin apelación del territorio español (*El País*, 21/10/1978).

La llamada "circular maldita" fue rechazada por desterrados y organizaciones solidarias de Cataluña –*Entesa, Lliga*, etc.– que alertaron sobre la dificultad añadida que debían enfrentar los sudamericanos que residían en tierras catalanas (*Agermanament*, 1978: 10). Si el espíritu del decreto era desalentar la creciente recalada de argentinos, el objetivo primero era deshacerse de los "subversivos", "extremistas", "rojos" y "agitadores" (*Agermanament et al*, 27-30/4/1979: 5, 6).

Para aquellos que estaban alineados ideológicamente con el Franquismo, un exiliado era un individuo peligroso y una amenaza para la seguridad interior, al que había que identificar, controlar y eventualmente expulsar.⁵ En este sentido,

5. Cabe recordar que el aciago congreso de la *Lliga del Drets dels Pobles* –prohibido por el Ministro Martín Villa y sometido a reuniones semiclandestinas en Montserrat, los Caputxins de Sarriá y los locales de *U.G.T.* de Barcelona– fue impugnado por el gobierno español por acoger a "subversivos".

los huidos de la dictadura argentina eran conscientes de que si la no existencia de ley de asilo y de un marco regulatorio de la inmigración no europea a la vez habilitaba situaciones tales como la de los “turistas perpetuos” y dejaba a los recién llegados a merced de la discrecionalidad del funcionario de turno, su permanencia dependía de su “discreta presencia” y de la no intervención en la vida política, la denuncia antidictatorial o cualquier otra práctica que pudiera poner en riesgo las relaciones bilaterales argentino-españolas.⁶

Más allá de este imaginario exílico y de los primeros contactos entre perseguidos y dueños de casa, la prensa de Cataluña había construido/proyectado significados sobre quiénes eran los exiliados argentinos desde el mismo momento en que se produjo el golpe de Estado de 1976. Sin embargo, la identificación de los desterrados con víctimas, luchadores de causas populares y testigos de la represión sistemática no fue inmediata.

El panorama político argentino previo al quiebre institucional (corrupción política, desgobierno, crisis económica, progresión geométrica de la violencia, etc.) (*La Vanguardia Española*, 25 y 26/3/1976), la larga tradición golpista argentina, el carácter “anunciado” de la intervención militar (*La Vanguardia Española*, 26/3/1976), la naturaleza del régimen derrotado, la reacción de la sociedad argentina que osciló entre la “perplejidad” y la “atonía” (*La Vanguardia Española*, 26/3/1976) y hasta la imagen que proyectaba el presidente Videla como general “circunspecto” y “medurado” frente a un ala “pinochetista” de las FF.AA. (*La Vanguardia Española*, 27/3/1976) contribuyeron a que por algún tiempo fueran acep-

En cambio, para los organizadores del evento, Roberto Guevara (*P.R.T.* y hermano del “Che”), Rodolfo Matarollo (*Montonero* y representante de la *Comisión Argentina pro Derechos Humanos de Madrid*) y David Tieffemberg y Raúl Castro (militantes socialistas exiliados en Barcelona) eran los representantes de los “movimientos de liberación nacional” con los que la *Lliga* estaba comprometida (Cirici i Pellicer, Diciembre 1977/Febrero 1978: 26).

Para el senador Alexandre Cirici i Pellicer, el gobierno del Estado español no sólo estaba actuando por presiones de los militares argentinos –antidemocráticos y poco respetuosos de la soberanía española por sus constantes infiltraciones de las organizaciones de exiliados establecidas en España–, sino que expresaba su autoritarismo al vulnerar la manera de ser y la autonomía de Cataluña (*Agermanament*, Diciembre 1977/Febrero 1978: 49).

6. Alfredo, un argentino que llegó a España en 1974 y que actualmente vive en Barcelona relataba: “A los meses que llegué yo fueron los últimos fusilamientos del ‘75, meses antes de morir Franco, cuando fusilan a los etarras, tres o cuatro que fusilaron, o sea que era el fin pero... lo que pasa es que yo conocía bastante la historia por la relación que tenía con los republicanos en Argentina, con muchos ‘anarcos’ que había en Argentina, con gente de la facultad

[...] a pesar de eso, Franco en relación a América Latina, con los grupos de la oposición, los dejaba, pero ni se te ocurriera hacer nada. Si yo hubiera hecho algo, venía la Guardia Civil.

Una vez vinieron a mi casa y me dijeron: ‘Usted, la primera que hace, fuera del país. Así que calladito la boca’. Bueno, poco tiempo después de llegar yo ví a un compañero, Cacho El Kadri, vivíamos juntos con él, y se le ocurrió hacer una declaración en el periódico. Al otro día tocó el timbre la Guardia Civil, y lo agarró del forro del culo, y lo puso en la frontera con Francia. El control era fuerte.

Yo el único miedo que tenía era que me mandaran para allá, después no tenía mucho miedo. Ya después cuando se entró a deteriorar mucho Isabel, y entraron los militares, a mí como a muchos otros nos abrieron una causa penal que estuvimos sin poder ir a la Argentina durante 20 años. Tenía miedo, de eso tenía miedo, no de acá...” Red de Emigrantes Argentinos en España, 2002: [Http: www.emigrados.net](http://www.emigrados.net).

tadas las lecturas de los militares argentinos que negaban la existencia de exiliados y afirmaban que se trataban de personajes nefastos de la política o el mundo sindical (Casildo Herrera, Héctor Cámpora) que huyeron del país cuando el barco naufragaba (*Avui*, 22/5/1976) y de “subversivos” que tras la derrota se dedicaban a encabezar campañas difamatorias contra la Nación (*La Vanguardia Española*, 28/12/1976).

Conforme las denuncias de violaciones a los DD.HH. se fueron multiplicando (*La Vanguardia Española*, 24/12/1976) y el régimen argentino ya no pudo permanecer en el silencio y la negación y se vio impulsado a articular pseudo explicaciones que no satisfacían a los países democráticos,⁷ la prensa catalana comenzó a potenciar otras claves de lectura que hicieron visibles otros rostros del exilio. De este modo, las historias de artistas –Nacha Guevara (*El País*, 28/10/1976)–, escritores –Manuel Puig (*El Periódico de Catalunya*, 17/4/1982)– o periodistas –Robert Cox o Jacobo Timerman– amenazados y obligados al destierro (*El País*, 23/12/1979, *El País*, 17/1/1981); de las visitas a Cataluña de dirigentes de la “resistencia” antidictatorial⁸ argentina y de la actividad de denuncia de los comités del exilio argentino –CO.SO.FAM.⁹ Barcelona, entre otros (*Avui*, 27/6/1978)– pusieron de relieve que el destierro fue uno de los destinos de la oposición argentina tras el sangriento golpe de 1976 (*El País*, 29/8/1978).

Ser argentino en el destierro catalán

Un conjunto de experiencias marcó la identidad colectiva de aquellos argentinos que fueron llegando en forma decidida desde el golpe de Estado de 1976, pero que aún antes habían arribado a Cataluña como consecuencia de la acción de la *Triple A*. Podemos hablar de una comunidad exílica con características propias en tanto es reconocible por una serie de prácticas y representaciones articuladas por sus protagonistas en diálogo/conflicto con las generadas por sus “otros”. ¿Cuáles fueron las marcas individualizaban al exilio dictatorial de Cataluña de otros exilios nacionales?; ¿en qué medida puede hablarse de una comunidad exílica argentina en Cataluña?, ¿cuáles fueron las experiencias más

7. En Noviembre de 1978 los militares reducían la cuestión de los “desaparecidos” a una prédica malintencionada de “argentinos a los que no podía considerarse argentinos”, como afirmaba el Ministro de Asuntos Exteriores, Oscar Montes. Asimismo negaban las cifras de represaliados que publicaban las organizaciones de DD.HH. en el exterior, explicando que los que se denunciaban como “desaparecidos” no eran sino “subversivos reaparecidos en países europeos y otros [que] estaban viviendo en la propia Argentina con nombres supuestos” (*El País*, 15/11/1978).

8. Cabe mencionar la visita de Roberto Guevara, hermano del “Che” y Secretario de Relaciones Exteriores del *P.R.T.*, al que se reconocía como una agrupación de la que dependía “un dels fòcus de resistència armada en la lluita contra la dictadura militar de la junta que presideix Jorge Videla, l'E.R.P.” Así, la prensa catalana admitía que el *P.R.T.-E.R.P.* era una organización guerrillera y no terrorista (*Avui*, 9/6/1978).

9. Comisión de Familiares de Presos Políticos, Desaparecidos y Muertos en Argentina.

significativas en torno a las cuales se configuró el capital étnico de los argentinos de la diáspora pretoriana?

La primera es la experiencia del barco. Si bien no todos los desterrados salieron de la Argentina de la misma forma, ni todos hicieron de Barcelona su primer destino, en el imaginario de los exiliados de Cataluña, los “barcos del destierro” constituyen una señal de identidad. Es verdad que esos barcos recorrían diferentes puertos de América Latina y de Europa, pero la mayoría de sus pasajeros bajaba en Barcelona y buena parte permaneció en la Ciudad Condal. La emotiva trayectoria transoceánica de aquellos que salían desgarrados, soportando pérdidas, dejando compañeros en la cárcel, simulando ser turistas y llegaban descubriéndose víctimas, desterrados y extranjeros marcó a muchos de los actores de la diáspora catalana y/o fue asumida por muchos otros como signos de su individualidad. No es un dato menor que la literatura¹⁰ haya dado forma poética a ese viaje que creó hermandades y filiaciones. La experiencia colectiva del barco estuvo atravesada por el silencio, el miedo de la huida o el terror de la expulsión, la incapacidad de poner en palabras ese dolor mientras el poder dictatorial parecía cercano, etc. Por la condensación de emociones y pesares, la trayectoria de los barcos de la naviera italiana pasó a ser la metáfora del viaje exílico en general y con independencia de la heterogeneidad de experiencias de violencia sufridas por los cientos de argentinos que recalaron en Cataluña y más allá de los modos de concretar sus particulares partidas no deseadas.

En los barcos, los exiliados recuperaron la memoria de sus abuelos europeos que migraron a la Argentina a finales del siglo XIX y primeras décadas del siglo XX y encontraron a los republicanos en su viaje de regreso.

De este modo, si bien muchos de los desterrados parecían sentirse parte de una generación marcada por la “intensidad y vértigo de la vida militante”, el “compromiso político y la solidaridad a tiempo completo” (Entrevista a D.S., Barcelona, 16/9/1996) o la “apuesta revolucionaria” (Entrevista a V.N., Barcelona, 10/12/1996), el desplazamiento forzoso instaló una “hermandad de destierro” que pareció potenciarse entre los que llegaron a Cataluña en los barcos del exilio. K.V afirmaba:

“Fueron 18 días. Era un barco un poco más lento, un barco de línea. Veníamos muchos exiliados. Se daban fenómenos muy curiosos. Venía mucha gente de diverso tipo. El fenómeno del barco, 15 a 18 días en altamar es como si se perdiera la historia, las historias personales y hay un proceso de unificación, de igualamiento, como que todos somos iguales: ‘estamos en el mismo barco’. La metáfora esa yo la llegué a entender en ese momento. “Estar en el mismo barco” es que todos teníamos las mismas inquietudes, los mismos enigmas. ¡Muy llamativo! Y ahí (en el barco) uno tiene la sensación que las historias personales se desdibujan, se pierden, se crean situaciones que son muy, muy intensas. Es que estar las 24 horas del día, pero compartiendo incertidumbres, ansiedades, angustias, esperanzas y claro, cuando bajás... Me acuerdo de esas cosas y me acuerdo de mi padre que nació en Polonia (mi madre también, pero ella llegó muy joven). Para mi padre había casi una categoría de personas más allá de la familia o que eran

10. Me refiero a la novela *Libro de Navíos y Borrascas* de Daniel Moyano (Buenos Aires, Legasa, 1983)

parte de la familia que se llamaban “hermanos de barco” o “hermanas de barco”, gente que sin ser de la familia habían viajado en el mismo barco en la travesía más prolongada” (Entrevista a K.V., Barcelona, 3/2/1997).

Si para los catalanes algo identificaba al exilio argentino era la confusa identidad política de los perseguidos.

En principio, la mayoría de los militantes exiliados argentinos pertenecían a las organizaciones revolucionarias, especialmente *Montoneros* y en menor número del *P.R.T.-E.R.P.*, que estaban en la clandestinidad y que operaban con metodologías violentas y no a partidos políticos del arco parlamentario como ocurrió por ejemplo en Chile. Además, el perfil de estas organizaciones políticas o político-militares dificultaba los hermanamientos ideológicos cuasi automáticos que disfrutaron otros exilios conosureños. Y a todo esto se sumaron los incomprensibles comportamientos institucionales de algunos partidos políticos –por caso el *Partido Comunista Argentino*– frente a la dictadura y la fragmentación de la izquierda –sobre todo en lo referente al viejo *Partido Socialista* de Argentina (*Noticias Argentinas*, 1980: 6, 7).

De hecho, la reacción de la izquierda tradicional argentina (*Partido Comunista Argentino*) que diferenciaba “palomas” de “halcones” dentro el gobierno militar y las relaciones comerciales que la U.R.S.S. tenía con la primera Junta militar poco ayudaron a consolidar una opinión pública internacional contraria a los golpistas. No obstante, la izquierda catalana –especialmente el *P.S.U.C.*– adoptó una política de solidaridad con la izquierda argentina en general, que no bloqueó el apoyo a la denuncia antidictatorial y la ayuda concreta a los exiliados radicados en Cataluña, al tiempo que contribuía a su inclusión en la vida política y sindical del país. Según Josep Rivera, los handicaps políticos del destierro argentino no frustraron los vínculos con el mundo político catalán:

“Entonces, en aquellos momentos había una cierta facilidad tanto para que la gente de aquí solidaria que podía aportar porque tenía una garantía de trabajo que ahora no es tan cierta y también para poder aportar más trabajo.

Además la gente que llegaba del exilio... es la gente que tiene capacidad de relaciones y de posibilidades económicas de salir, tiene una formación profesional y, en principio, a nivel municipal y técnico había posibilidades porque la apertura municipal no llega hasta el 70 y esto da mucha facilidad de integración. Mucha gente latinoamericana tenía experiencia política y a partir del 76 la vida política se abre. En todas las manifestaciones y campañas en 1976/1977 están los argentinos, los uruguayos, los chilenos que sabían cómo hacer manifestaciones, cómo hacer pancartas... De aquí nadie sabía. Por tanto, los propios partidos los contrataban temporalmente. Es decir había un trabajo que posibilitaba todo ese tipo de relaciones. Los temas laborales con sindicatos, con la Universidad... Las relaciones estaban abiertas como para enlazar todo ese tipo de actividad... Fue un momento de explosión muy fuerte que coincidió con el tardío Franquismo que se estaba agrietando por todas partes, la explosión democrática, la ilusión de la gente...” (Entrevista a J.R., Barcelona, 10/12/1996).

En segundo lugar, el panorama político argentino del ‘76 no permitía una lectura internacional diáfana. El desprestigio del gobierno derrocado, la debilidad e ineptitud de su presidente, la profunda crisis económica, la escalada de violencia tras la muerte de Perón, la represión al movimiento popular aún antes que

los militares tomaran el poder por la fuerza, etc. fueron cartas que jugaron a favor de la Junta militar. En este contexto, a los desterrados argentinos les costó mostrar el verdadero carácter del régimen golpista. Decía C.R.:

“Había una comprensión mayor de la realidad chilena porque lo que cayó en Chile fue una expectativa de gobierno de progreso, revolucionaria, de cambio socialista. El que cayó en Argentina era Isabel, el mismo sistema de los militares pero con un gobierno civil. Los militares cuando dejaron de usarla a ella, la sacaron, tomaron el poder. Tal es así que a mí por primera vez no me vinieron a buscar en la época militar, sino en la de Isabel.

Lo que no entendían los catalanes, ni nunca entendieron ni los catalanes ni los españoles era el tema del Peronismo... ¡¡Es perfectamente lógico que no se entienda!!” (Entrevista a C.R., Barcelona, 13/12/1996).

Para los europeos, Peronismo era sinónimo de régimen de derecha. En el recuerdo de los españoles estaba grabada a fuego la amistad entre Franco y Perón. Pero los “pecados” del Peronismo no se agotaban en la historia más lejana. Como afirmaba Luis Mattini, secretario del *P.R.T.* en el exilio, el desastroso gobierno de Isabel y el hecho de que tanto la organización ultraderechista *Triple A* como los *Montoneros* se presentaran como peronistas (Mattini, 1996: 381) dejaban casi sin posibilidad de argumentación a los propios argentinos.¹¹

Para los catalanes, el Peronismo era como mínimo un enigma que dificultó la articulación natural de la solidaridad que en los casos chileno y uruguayo había fluido con normalidad dentro de partidos hermanos. Ser peronista en Cataluña no era una tarea fácil porque sus sectores progresistas tenían muy viva la relación entre Franco y Perón y solían valorar al Peronismo como un epígono de los Fascismos europeos.

Más allá de la experiencia catalana sobre el Peronismo, la historia reciente argentina tampoco ayudaba a instalar la idea de un Peronismo progresista, democrático y que lejos de la violencia revolucionaria de *Montoneros*, se presentaba como un movimiento de liberación nacional y social. De hecho, una de las razones que retrasaron la instalación decidida del tema argentino en Cataluña fue precisamente contra quién se había dado el golpe, quiénes eran los contendientes en la Argentina del '76, o sea dónde se ubicaban los “buenos” y los “malos”. Así lo explicaba A.A.:

“...detectamos en general que había una información no del todo clara de lo que estaba pasando en Argentina. A diferencia de lo que pasaba con Chile que la gente asociaba inmediatamente *Unidad Popular* con *Frente Popular*, Salvador Allende con Azaña o como quieras llamar y Pinochet-

11. Mario Paoletti, exiliado en Madrid, decía: “Un amigo mío estaba de novio con una española bellísima. Le pregunté si se iba a casar. ‘¿Con una española?’ –me contestó. ‘¡Estás loco! Le dije que eso era racismo. Se rió: ‘Nada de eso. Las españolas son mejores que las argentinas– me dijo: no compiten, no se deprimen, envejecen con alegría. Pero un día, más tarde o más temprano, te preguntan qué es eso del peronismo. Y entonces vos tenés que pasarte el resto de la vida explicándoselo.’ Tenía razón mi amigo. Y por eso se casó con una argentina, aunque era más fea que la española. Para no tener que pasarse la vida entera explicándole a la española. Para no tener que pasarse la vida entera explicándole a Vandor, a López Rega, a Firmenich., que además son inexplicables.” (Barón et al, 1995: 40).

Fascismo-Franco. Con Argentina, si bien todo el mundo tenía muy claro que era una dictadura militar atroz, pero el problema era que Isabel era un personaje muy desprestigiado. La gente no sabía acá qué parámetro escoger. Al principio había que hacer un esfuerzo de explicación mayor que el que necesitaron los chilenos”(Entrevista a A.A.. Barcelona, 8/5/1996).

Con todo, el Peronismo marcó la identidad del destierro argentino en Cataluña no sólo por su peso numérico —en su diversidad de líneas internas—, sino por los intensos debates políticos y públicos en los que, por una parte, se intentó deconstruir prejuicios y lugares comunes de la “mirada europea” a efectos de potenciar la solidaridad catalana para la denuncia antidictatorial, y, por el otro, se problematizaron cuestiones tales como el lugar de los militantes desterrados en la “herencia de Perón” y en pos de su reinscripción en la lucha política argentina tras la eventual normalización institucional. En este contexto, desempeñó un lugar destacado la publicación *Testimonio Latinoamericano*, editada en Barcelona por Álvaro Abós, Hugo Chumbita y Jorge Bragulat entre 1980 y 1983 e inscripta dentro de la órbita del Peronismo Intransigente. Esta revista fue núcleo fundamental de reconstrucción/recuperación de cierta identidad latinoamericana anclada en la tradición peronista de movimiento popular que se presentaba como enemigo de los imperialismos y de los bloques de poder capitalista y comunista.

La tercera marca del destierro esta fundada en las prácticas orientadas a la denuncia antidictatorial y sobre todo las que se articularon desde dos de las instituciones centrales del colectivo argentino: la *Casa Argentina en Catalunya* y *CO.SO.FAM*. Si bien ninguna fue ajena a las divisiones, conflictos y rencillas de otros destierros, mantuvieron al menos hasta la guerra de Malvinas (Abril-Junio 1982) cierta unidad pública en la denuncia del genocidio y en la lucha por la recuperación de la democracia y la plena vigencia de los DD.HH, hecho que contrasta con lo ocurrido en los exilios madrileño o mexicano.

A diferencia de sus continuadoras que tras la normalización institucional privilegiaron el perfil étnico y socio-cultural orientado a fomentar la presencia argentina en Barcelona y a funcionar como lugar de encuentro entre argentinos y de cara a mantener vivo el interés por el país de origen,¹² la *Casa Argentina en Catalunya* y *CO.SO.FA.M.* se definieron, más allá de sus peculiaridades, como territorios de oposición a la dictadura militar.¹³

12. En la *Casa* se organizaron desde campeonatos de truco, ajedrez, chinchón, taba o bochas, hasta cursos de cocina argentina y latinoamericana. Al mismo tiempo, sumando pertenencia y esparcimiento, la *Casa* promovió la actuación de sus músicos. “Los de siempre”, Coco Rufa —compositor de la “Chacarera Catalana”—, Juan Carlos López, Elba Picó, Jorge Serrauté, amenizaban sistemáticamente peñas, actos y reuniones. La interpretación de tango y folklore de los argentinos de Cataluña se completaba con la visita de connacionales desterrados en Madrid o París. También fue un espacio de esparcimiento. A la preservación de los valores de la identidad nacional y la difusión de la cultura argentina en el ámbito catalán, se sumaron las clases de yoga y gimnasia para niños y adultos. Por último, la *Casa* puso en marcha diversas iniciativas sociales que contemplaban el “ropero comunitario”, guardería infantil, ayuda escolar y cursos de idiomas extranjeros y sobre todo de idioma catalán para facilitar la integración a la sociedad de exilio.

13. Cabe recordar que la *Casa Argentina* tuvo dos publicaciones. *Palabra Argentina* incluía noticias sobre el acontecer nacional tanto en el plano político, de la resistencia antidictatorial en el interior,

Dentro de estos marcos institucionales argentinos o a través de partidos políticos, sindicatos o O.N.G. del país de acogida, de manera sistemática o intermitente, a tiempo completo o en coyunturas específicas que convocaban especialmente a los desterrados (aniversarios del golpe, Mundial de Fútbol 1978, visita de la *Comisión Interamericana de Derechos Humanos de la O.E.A.*, 1979, etc.), por afinidad ideológica o por puro compromiso humanitario; la militancia antidictatorial fue no sólo una experiencia significativa para los argentinos que venían huyendo del Terrorismo del Estado argentino, sino que constituyó un capital simbólico de cara a trazar fronteras respecto a sus connacionales llegados tras el descalabro económico de principios de los '80, la crisis hiperinflacionaria de 1989/1990 y en la debacle de 2001.

De este modo, la identidad de los exiliados argentinos se hizo sinónimo de la de luchador popular, víctima de la represión, militante antidictatorial y por los DD.HH. y de testigo y memoria del horror. El compromiso político fue para muchos argentinos un imperativo moral y una necesidad vital. En este sentido, la recomposición del ser político y social del desterrado no fue ajena a la organización de comisiones de solidaridad, casas, centros o comités argentinos.¹⁴ Esa militancia fue asimismo un rasgo central de articulación/reconocimiento del “nosotros” comunidad del exilio argentino en Cataluña.

en lo económico y lo deportivo, pero también sobre las actividades que desarrollaban las diferentes comisiones de la *Casa*. Por su parte, *El Mangrullo*, que se editó los dos últimos años de existencia de la *Casa*, tenía un carácter más programático, con artículos de reflexión y debate a lo que se sumaba la información sobre la actividad cotidiana de la institución. En este último aspecto, se daba cuenta de las conmemoraciones de fechas centrales de la lucha antidictatorial, preferentemente sobre los actos con motivo de los aniversarios del 24 de Marzo de 1976 y las actividades organizadas por la colonia (manifestaciones frente al Consulado Argentino en Passeig de Gracia con quema de muñecos, marchas con antorchas, etc.).

14. B.V. (Barcelona, 18/12/1996) reflexionaba sobre los diferentes grados de compromiso y participación individuales en comités argentinos en Cataluña: “El exilio es, a mi criterio, una situación como el deporte o las competencias que pone en evidencia lo mejor y lo peor de cada uno. Y el exilio fue una experiencia personal que permitió prácticas solidarias que afortunadamente pudimos desarrollar mucho. Y digo afortunadamente porque era una fuente de satisfacción. Algunos lo tuvimos más fácil. Algunos llegamos con el capital que dan los años o las coyunturas personales y nos fue más fácil...y creo que tuvimos la posibilidad, oportunidad y el compromiso ético de practicar la solidaridad y además, de ayudar a mucha gente. Eso se hizo a través de organizaciones formales y a través de la informalidad de las relaciones personales [...] Llegaba gente que había salvado sus vidas, pero que venía en circunstancias o condiciones sumamente vulnerables. Venían cargados de duelos, de sufrimientos, de muerte, con menos recursos que con los que llegamos algunos bastante privilegiados que traíamos nuestra experiencia profesional, cierto prestigio. Entonces se establecieron redes informales de solidaridad que creo que fueron estupendas y no sólo, por parte, de los profesionales de la Salud mental. Realmente, abogados y otros profesionales participaron..., también médicos y a veces por fuera de prácticas profesionales...Hubo realmente situaciones ejemplares de solidaridad y también hubo de lo otro...”

De derrotados a extranjeros y “sudacas”

En 1981, dos exiliados protagonizaron una polémica mediática que daba cuenta no sólo de las múltiples imágenes asociadas a los argentinos, sino de los cambios producidos por la convivencia, la competencia en ámbitos laborales y profesionales, la construcción de vínculos de amistad, familiares, etc.

Mariano Aguirre, coordinador de información de *C.E.A.R.*, publicó un artículo en *El País* a través del cual intentó dar una respuesta a la creciente preocupación social, legal y política que estaba provocando la presencia argentina en España. Su intervención pretendía matizar el nuevo imaginario español sobre Argentina, que habiendo olvidado las “extensas praderas”, las vacas, el cereal, el “enigma del Peronismo”, “los Chalchaleros” y hasta el “horror de los desaparecidos”, identificaba a los “argentinos” con “pedantería, aires de superioridad, movidas de piso a quien sea para conseguir un puesto de trabajo, justificar cualquier acción con el pasado dramático y militante, abultadas cuentas telefónicas sin pagar [y] psicoanalizados psicoanalizadores insaciables” (*El País*, 30/10/1981).

Mientras Aguirre llamaba a separar la paja del trigo para evitar que la “convivencia” se transformara en “desafortunada”. Reconocía que había argentinos “estafadores”, “avivados”, “ladrones”, aunque no “todo argentino –y latinoamericano– [era] un ladrón, secuestrador de futbolistas, terrorista y violador de la lengua española” (*El País*, 30/10/1981).

En un esfuerzo de mirarse a sí mismo como parte de un colectivo formado tanto por exiliados como por la reciente emigración económica, señalaba que los argentinos tenían una responsabilidad en los recelos que suscitaban. Aguirre decía que había dos tipos de argentinos. Por una parte, los que hacían de su existencia una militancia argentinista y hacían gala de una “autoexaltación personal diferenciadora”. Y, por la otra, los que cultivaban un distanciamiento respecto a las “vacas, los dictadores y el torturante subdesarrollo” y se presentaban como auténticos ciudadanos del mundo: el “argentino en Europa que reniega de sus orígenes”.

Según el periodista argentino, los exiliados desempeñaban un papel paradójico en España: eran los derrotados, pero llegaban dispuestos a enseñar cómo debía ser la transición. Pero, además, aunque su Patria los había expulsado se presentaban como los mejores: nada comparable a las mujeres o al dulce de leche argentinos, a la combatividad de su clase obrera y hasta en lo sanguinario de su dictadura en comparación con el Franquismo.

Pero si la soberbia ciega o negadora de los argentinos podía explicar el rechazo de los españoles, también había muchos españoles “disfrazados de progresistas” que estaban convirtiendo a los argentinos en un chivo expiatorio, en los “nuevos judíos, miembros de una resucitada invasión árabe, gitanos encubiertos” (*El País*, 30/10/1981).

El artículo de Mariano Aguirre disgustó a otros argentinos. Enrique Bacigalupo consideraba que su compatriota lejos de contribuir a la comprensión del problema de los argentinos en España, oscurecía las circunstancias de su presencia y abonaba —más o menos conscientemente— la estrategia de la Junta Militar que sin explicar su política criminal, cuestionaba el comportamiento de las víctimas. Según Bacigalupo, “ocuparse de las víctimas para desprestigiarlas, para exhibir sin piedad sus pobres reacciones ante la adversidad” era una “manera sutil de inhibir actitudes de comprensión para las víctimas y de generarlas para los victimarios” (*El País*, 11/11/1981).

Bacigalupo situaba la cuestión de los argentinos en clave de política interna argentina y mostraba su preocupación por inscribirla en la esfera pública española en términos de violaciones a los DD.HH. perpetradas por la Junta Militar. Desde su perspectiva, cualquier afirmación que pusiera de relieve los comportamientos negativos de los exiliados en la sociedad española contribuía “con las actitudes persecutorias” del gobierno militar. Minimizando las “anécdotas deplorables” del comportamiento de los exiliados argentinos, cualquier intervención pública debía apuntar —a su juicio— a desvelar el carácter criminal de la Junta militar y no a indagar en las “debilidades” de aquellos que eran sus víctimas o en su “falta de valor moral inclusive lejos del propio contexto nacional” (Bacigalupo, 1981: 36).

Esta polémica puso de relieve que para los ‘80 cuando el grueso del exilio político ya estaba instalado en Cataluña y mientras llegaban otros connacionales expulsados por la desocupación o por el deseo de una vida mejor, los argentinos no eran vistos sólo como víctimas del autoritarismo, sino que la cotidianeidad reforzaba su condición de extranjeros, inmigrantes, diferentes.

Esa extranjería no era tanto de papeles porque muchos de los argentinos del exilio político y de la emigración económica de principios de los ‘80 podían o bien acreditar una doble nacionalidad a través de sus padres/abuelos europeos o en muchos casos con los años lograron la ciudadanía española. Se trataba de una extranjería cultural resultante tanto de la imposibilidad del exiliado de aceptar la nueva tierra a la que la violencia de su país de origen lo había arrojado, como del constante marcado de fronteras y exclusiones por parte de los dueños de casa. Por último, esa extranjería se asociaba a un conjunto de situaciones, actitudes y comportamientos negativos, que iban desde la denuncia de su condición de ilegal o clandestino, hasta la identificación del “sudaca” con la figura del delincuente.¹⁵

Antes de seguir avanzando quizás convenga hacer una serie de puntualizaciones. En primer lugar, diferenciar la situación de exiliados y emigrantes económicos que llegaron a Cataluña en coyunturas disímiles. El creciente

15. Vicente Zito Lema recordaba que en Argentina medio millón de españoles vivían, estudiaban y trabajaban en pie de igual, mientras sus nietos en España eran tratados como “habitantes de segunda clase, un molesto extranjero con ideas peligrosas, al que hay que vigilar, perseguir y si es posible expulsar. Y junto a ello, evitar por todos los medios que trabaje” (*Agermanent*, 1978: 27).

estrechamiento de las posibilidades de nacionalización conforme el Estado español procuraba acercarse a la normativa europea, supuso la anulación de la legislación franquista que consagraba amplios derechos de residencia y trabajo a los latinoamericanos. Además, los exiliados políticos llegaron a un país en el que todo estaba por hacerse, aunque no estuvieron ausentes la competencia, los prejuicios y los roces. A mediados de los '70, intelectuales, periodistas y profesionales liberales argentinos se sumaron a la reconstrucción de un mundo cultural y político cercenado y ahogado tras 40 años de dictadura. En cambio, a finales de los '70 y principios de los '80, España vivía una etapa de crisis económica y creciente desempleo que hacía cada vez más difícil la integración legal, laboral o social, de los nuevos contingentes inmigratorios (AA.VV., 1979: 7).

Sin embargo, más allá de estas diferencias, resulta importante no generalizar ni suponer relaciones mecánicas. Cada situación de trasplante tuvo sus peculiaridades, cada historia personal se articuló de manera disímil en la coyuntura económica y política que le tocó vivir en la sociedad de acogida y dio como resultado diferentes percepciones sobre las dificultades/posibilidades de integración. Así, un reconocido periodista argentino del exilio y hombre clave del *Grupo Z*, explicaba:

“Tuve mucha suerte, muchísima suerte porque gente con mucha más capacidad que yo estuvo muchos años muy colgada y sin conseguir nada. Yo encontré aquí a gente que admiraba intelectualmente, vendiendo muñequitos en la Rambla.

Yo fui una excepción y ojo que había una coyuntura muy especial. Yo siempre digo que si la dictadura argentina hubiera sido 10 años después nosotros no hubiéramos tenido dónde ir.

Aquí había una coyuntura especial, esta gente salía de 40 años de oscurantismo. Cualquier aporte les venía muy bien y nos veían con experiencia. Ahora nos han sobrepasado a nosotros, nos han pasado por encima [...] los periodistas teníamos mucho más oficio. Estábamos más lanzados y ellos tenían un problema. Habían tenido 40 años de censura muy jodida y entonces tenían que empezar....” (Entrevista a C.H. Barcelona, 24/10/1996).

Lo que queda claro es que no siempre la integración laboral o las mayores facilidades para el desarrollo profesional rompieron con la experiencia de extranjería. Un psicoanalista argentino afirmaba que su exilio fue duro aunque no tuvo que renunciar a su profesión. A su juicio, Cataluña le ofreció un “dejar hacer”, esto es una “solidaridad pasiva” que habilitó el desarrollo de un proyecto vital, pero en el que su “diferencia” era permanentemente señalada:

“Se vivía un clima bueno. Eso facilitó en mi caso una inserción laboral, que no es poca cosa. No es poca cosa porque eso luego me permitió desarrollar otra serie de cosas, dentro y fuera de Cataluña. Pero la inserción laboral no lo es todo, aunque el trabajo es lo primero. Sin eso no te podés permitir otras cosas [...] Creo que tuve la suerte de no necesitar esa solidaridad [...] Cataluña a mí y probablemente a unas cuantas personas nos ha brindado una ‘hospitalidad pasiva’, no una hospitalidad activa, particularmente receptiva.

Hay diferencias culturales. Cuando digo ‘solidaridad pasiva’ lo digo respecto a la de Argentina respecto a los extranjeros. Nosotros admirábamos lo extranjero. Nos llamaba la atención. Nos podíamos pasar horas hablando con ellos porque había cosas que idealizábamos, con razón o sin razón y aquí yo no sentí eso. Hay unas tradiciones milenarias, hay estilos, caracteres, formas de ser, cosa endogámica, más cerrada. No diría que lo extranjero llama aquí especialmente la atención.

De hecho hay de todo. No se puede generalizar. Hay matices. En fin, esta tierra tuvo a su vez conflictos con emigraciones internas. Me refiero a otras comunidades autónomas. Conflictos de lenguaje, gente laboriosa...

Lo único que yo agradezco es que me han dejado hacer y nadie se ha metido con lo que hacía y personalmente no registro, salvo una situación –digo, a nivel personal–, donde me hayan hecho sentir de manera doliente que soy extranjero.”(Entrevista a K.V., Barcelona, 3/2/1997).

La segunda consideración se refiere a la necesidad de atender al proceso de marcado de fronteras internas activado por los propios argentinos que solían condensar respectivamente sobre los huidos de la dictadura o sobre los que salieron tras el descalabro del plan económico de Martínez de Hoz la “culpa” de la mala imagen que tenían en España.

Asimismo, hay que valorar que la experiencia de extranjería no excluyó entre los argentinos el reconocimiento de su “diferencia” respecto a los “verdaderos inmigrantes”: marroquíes, subsaharianos, etc. La experiencia de F.P. refleja la construcción de una jerarquía de extranjeros:

“Creo que los argentinos son inmigrantes de lujo y que se quejan de... Una única vez que fui a la comunidad judía y el tema era el racismo, la xenofobia.. Era una charla, pasaban una película de la inmigración norteafricana en París. Había gente de S.O.S. *Racisme*, había un debate.

Cuando empezó el debate, los argentinos se comparaban con esos tipos –los norteafricanos– y yo pensé: ¡Qué tupé!... O sea..., habrá situaciones, creo, que al principio no te alquilaban los pisos, no sé qué..., pero...

Sí, porque entré en una discusión con el tipo ese día. Además eran todos psicólogos trajeados. Yo les dije que me parecía espantoso que se pudieran comparar con la gente que cruza a nado... Entonces me dijeron que yo debía haber venido con mucha ‘guita’ y no debía haber vivido la situación de querer alquilar un piso y que no te lo alquilen por ser argentino.

Pero, además, toda esa gente tiene piso propio. Además todos tienen profesiones”(Entrevista a F.P., Barcelona, 3/7/1996).

De hecho, para los argentinos del exilio darse cuenta de su extranjería implicó poner en crisis uno de los mitos fundantes de su identidad: el carácter europeo de la Argentina, su población predominantemente blanca y sin mácula de negros o indígenas. A poco de llegar, los desterrados experimentaron que los catalanes lejos de estar esperando a aquellos que se decían “descendientes de los barcos”, los reconocían como latinoamericanos.

La primera reacción de un buen número de exiliados fue revelarse frente a la adscripción de la identidad de “sudamericano”, “latinoamericano”, “sudaca” o “latinoche” (Francisco Umbral):

“Escuché por primera vez lo de “sudaca” de Carlos Barral y casi te diría que fue él quien lo inventó [...] Aquí fueron los intelectuales los que promovieron ese término, periodistas que escriben en columnas de opinión.

Los ‘sudacas’ no son sudamericanos en general, sólo los argentinos. Hoy han caído los pobres peruanos, pero a nadie se le ocurriría llamar ‘sudacas’ a los pobres hondureños. Ellos serían indios. Yo encuentro a ‘sudaca’ un término ofensivo, desagradable e injustificado. El término ‘sudamericano’ es igualmente ofensivo, desagradable, injusto porque la verdad, Sudamérica no es real, no existe como tampoco existe España, que es algo irreal y llamar a los catalanes ‘españoles’ es ofenderlos y llamarme a mí ‘sudamericano’ es también ofender o desmerecer a los pobres panameños o colombianos que tampoco tiene nada que ver con los argentinos”(entrevista a L.E., Barcelona, 21/2/1996).

Otros fueron conscientes que esta identidad resultaba del mismo equívoco que había hecho que todos los habitantes del Estado español que recalaron en Argentina a fines del siglo XIX fueran llamados “gallegos” y que los propios exiliados de la dictadura llegaran a España esperando encontrar “toros” y “castañuelas” y desconociendo su pluralidad cultural, nacional y lingüística:

“Yo había estado en Europa tres años antes en un viaje de turismo. Todavía vivía Franco y tuve clarísima la diferencia entre aquel Madrid y Barcelona,...., pero aún así tenía una visión como distorsionada. Bueno, en realidad era la visión respecto de Franco o no sólo de Franco... También lo que se enseñaba en Argentina y probablemente en el resto del mundo acerca de España. Tardé muchos años hasta darme cuenta que es una realidad muy distinta la que se vé a 12.000 Km de distancia que la que existe acá.

Y también pasa a la inversa. ¿Ah! ¿Usted es latinoamericano? Y Latinoamérica es grande y a la gente de Europa le cuesta mucho distinguir lo que es un boliviano, un chileno, un peruano, un argentino, por no decir un brasileño porque es mucho más fácil porque hablan portugués. Bueno, gente que conoce un poco más podía decir. Argentina, Uruguay o tal vez Chile.

Yo creo que uno tenía la visión de España como España global y tuvo que pasar algo de tiempo hasta que me di cuenta que son más bien diferentes países aglutinados por la fuerza política-religiosa y por una multiplicidad de factores y que no hay nada que ver, salvo las condiciones humanas básicas que nos conectan con el resto de la humanidad. Que hay grandes diferencias entre un catalán, un vasco, un gallego y que esto de España es más una confederación que un país”(entrevista a K.V., Barcelona, 3/2/1997).

Otros vieron en la mirada catalana que los convertía en latinoamericanos una instancia para hacer realidad la utopía de integración regional de luchadores como San Martín, Bolívar o el propio Perón. En Barcelona, la revista *Testimonio Latinoamericano* recogió este mandato y explicó que si Cataluña les había permitido descubrir la latinoamericanidad por la consciencia de estar en el mismo barco, esto es, en la misma coyuntura histórica de persecución y destierro (*Testimonio Latinoamericano*, 1980: 29), era imprescindible que los argentinos aprovecharan esta circunstancia para “revisar lo que verdaderamente somos, superando el espejismo europeo y potenciando lo americano en nosotros mismos” (*Testimonio Latinoamericano*, 1983: 19).

Hay que valorar que las representaciones y por consiguiente los estereotipos deben comprenderse dentro de la situación concreta de contacto intercultural de la Cataluña de mediados/fines de la década del '70 y principios de la década del '80, pero sin perder de vista que más allá de su verosimilitud fueron el producto tanto de la política identitaria catalana, de la competencia real o imaginada entre huéspedes y dueños de casa en el mercado laboral, como de conductas concretas de los recién llegados que sirvieron al fortalecimiento del prejuicio del argentino “arrogante”, “vividor”, “perdonavidas”, etc.

En la situación límite del extrañamiento florecieron “conductas venales”, “desafueros” y episodios de “viveza criolla” no siempre asumidos por los argentinos sino muchas veces justificados por el contexto de fractura vital que estaban atravesando. Alquileres impagos, facturas telefónicas pendientes, profesionales que resultaban ser unos charlatanes sin oficio, etc. dejaron huella

en la sociedad catalana. Una joven que tuvo que exiliarse cuando apenas tenía 18 años recordaba:

“Los argentinos aquí hicieron cosas muy desagradables. Yo no me considero dentro de ese grupo de gente, pero por mi forma de ser, no porque sea... En Argentina tampoco me hubieran gustado esas situaciones y las hubiera criticado igual. Y tal como somos los porteños –vos no sos porteña– que Buenos Aires es el centro del mundo, que ahí pasa todo.. Esa sensación de... ¿cómo se dice?.. ‘fanfarrones’ –¡ya no sé cómo se dicen muchas cosas!– y aquí venían y se pensaban que sabían todo. Y seguramente podían saber más de algo, pero la falta de respeto para una sociedad que te acoge, a mí me parece muy desagradable.

A veces los escuchaba decir: ‘¡estos catalanes son unos *peludos*, no se enteran de nada! ¡Yo les vendo un muñequito que salta y mirá cómo lo compran!’

O alquilar casas y dejar cuentas de teléfono...!!!!” (Entrevista a G.M., Barcelona, 19/12/1996).

La sociedad receptora rechazó el ventajerismo y la arrogancia de los argentinos. Si bien no fueron el modo generalizado en que se condujeron los exiliados, esos hechos aislados ayudaron a cimentar una imagen de los argentinos asociada a la pedertería, la soberbia, la petulancia, la avivada, el engreimiento y la ingratitud (Goligorsky, 1983: 49).

El testimonio de L.E. resulta elocuente sobre este listado de lugares comunes sobre los argentinos:

“...los otros te constituyen. Aquí no existe ese grado de flexibilidad de decir: ‘algunos son así, otros son así y otros son así. Ellos tienen un *cligé*, tópico y ese es el que te aplican. El tópico es: ‘un argentino es un italiano que habla castellano y cree que es inglés’, ‘el negocio es comprar un argentino por lo que vale y venderlo por lo que cree que vale’ o el cuento que me hicieron: ‘Hubo una epidemia de ratas en Barcelona y viene el Flautista de Hamelin y saca una rata blanca y todas las demás la siguen y hacen una ceremonia para premiarlo por los servicios prestados a la ciudad. Entonces, el alcalde de la ciudad lo llama y le dice. ‘Oiga, ¿no tendrá un argentinito blanco?’” (Entrevista a L.E., Barcelona, 21/2/1996).

¿Sufrieron la discriminación los exiliados? ¿ El sentimiento de extranjería de los argentinos resultó de actitudes xenófobas de la sociedad receptora del exilio?

Esta cuestión no tiene una respuesta unívoca. Las experiencias individuales fueron variadas, pero en términos generales el balance de los argentinos sobre su destierro parece indicar que no puede hablarse de discriminación hacia los argentinos en Cataluña.

Eduardo Goligorsky afirmaba que salvo alguna limitación laboral –acentuadas en el contexto de crisis económica– y el uso agresivo del término “sudaca” no se contabilizaban hechos significativos de racismo.¹⁶ Como excepciones se

16. Precisamente C.H. explicaba que el término ‘sudaca’ nació porque “nosotros en un momento dado molestábamos. Vinimos a cubrir un montón de puestos que ellos consideraban que eran de ellos. Yo tuve mucha suerte, muchísima suerte [...] Acá como tuve la suerte de entrar por arriba, estuve dos meses como redactor y el primer cargo que me ofrecieron fue redactor-jefe y ya.. Y a partir de ahí llegué a ser subdirector de *Interview*, pero siempre tuve el status y eso me daba... Era diferenciado. Una cosa era ser yo que tenía un status dentro del grupo que el chico que trabajaba como redactor, que ese sí era sudaca, El peor sudaca era el que venía de colaborador.

mencionaban algunos artículos publicados en periódicos “serios” y los carteles infamantes de “Argentinos abstenerse”¹⁷, que dificultaban a los exiliados alquilar un piso o acceder a un puesto de trabajo (Brocato, 1986: 68).

Goligorsky recordaba un artículo firmado por Manuel Tarín Iglesias (*La Vanguardia*, 14/1/1981) en el que denunciaba la presencia de una “fauna impresionante de delincuentes” en Cataluña (Goligorsky, 1983: 47, 48). Sin embargo, el periodista argentino dejaba en claro que la prensa catalana no se refería a los exiliados, sino a la nueva oleada de argentinos que estaba llegando a España, huyendo de la crisis económica de principios de la década de 1980.

Si bien el juicio de Tarín Iglesias remitía a una generalización y a un prejuicio, a Goligorsky le preocupaba especialmente que el periodista catalán diferenciara al nuevo contingente argentino de los abogados, médicos, empresarios, cantantes de bolero, poetas o escritores que vivían en Cataluña desde hacía unos años.

Para Eduardo Goligorsky, el término “sudaca” fue la “represalia”¹⁸ del ingenio popular español frente al uso desaprensivo del mote “gallego” con que en Argentina se calificaba a todos los inmigrantes provenientes del Estado español (Goligorsky, 1982: 37).

A su juicio, también la “endofobia” argentina –o sea el rechazo que ciertos exiliados cultivaron con respecto al pueblo que los acogía– pudo ser responsa-

[...] Por otro lado, digo, hubo mucha gente, entre ella gente de este periódico [se refiere a *El Periódico de Cataluña*] que hizo una campaña a favor de los argentinos. Una campaña enorme. Había un compañero aquí, que después se fue a la televisión catalana, que quiso hacer una campaña y escribió un artículo majestuoso de una página entera. Y quería hacer 10.000 camisetas que dijeran: ‘Yo soy sudaca, ¿y qué?’

Ese artículo lo escribió Javier Jaraba y Pilar Eyre que decían que todo lo que habían aprendido de periodismo se lo habían enseñado los sudacas: ‘Estos tipos que vinieron me enseñaron todo lo que yo sé’ (Entrevista a C.H., Barcelona, 24/10/1996).

17. El dibujante Horacio Altuna que llegó a Barcelona en Abril de 1982 explicaba que vivió esta situación:

“Mi relación con los catalanes ha sido siempre buena. Yo la única cosa que me ha molestado y que me sorprendió además fue que cuando estábamos buscando casa para alquilar y no conseguíamos y estuvimos a punto de alquilar un piso en Barcelona, pero la señora –la dueña de la casa– cuando se enteró que éramos sudamericanos, que éramos argentinos, dijo: ‘¡NO, sudamericanos abstenerse!’

P: ¿Qué razón te dio?

Ninguna, me lo dijo el de la inmobiliaria. Y después aquí [en Sitges] de alguna finca que no aceptaban inquilinos sudamericanos. Pero fue una cosa momentánea. Ahora no creo que haya problema. Es su momento hubo –claro– algunos compatriotas sudamericanos que dejaban el tendal. Era una época difícil para todos y para ellos, porque muchos de ellos eran exiliados y lo pasaban mal. Algunos se portaron realmente mal y dejaron esa impronta...” (Entrevista a H.A., 14/9/1996).

18. Además del uso peyorativo, el término sudaca fue adoptado como colectivo de identificación en otros contextos. Así, por ejemplo, *El País* publicó un artículo de Mario Benedetti (20/6/1983) en el que llamaba a los “sudacas del mundo” a unirse. En este llamado, el escritor uruguayo criticaba las pujas y discrepancias en el exilio sudamericano y apelaba a construir una unidad monolítica entre los que fueron víctimas de las dictaduras militares (Goligorsky, 1983: 44, 45).

ble de algunos gestos de discriminación por parte de los catalanes.¹⁹ A esa discriminación, contribuía también la actitud chovinista de algunos argentinos que medían todo con la vara nacional, olvidando que estaban en Cataluña por haber sido expulsados de su tierra (Goligorsky, 1983: 52, 53).

La incomprensible soberbia del derrotado que no aceptaba que la sociedad catalana podía enseñarle algo dificultó aún más el encuentro entre “huéspedes” y “dueños de casa.” Eduardo Goligorsky criticaba el engrimiento de los argentinos residentes en Cataluña que alardeaban de estar en condiciones de dar impulso a la cultura española, oscurecida por cuarenta años de dictadura²⁰ (Goligorsky, 1983: 51).

Sin embargo, lo que Goligorsky calificaba como soberbia fue también el grito desesperado de quienes necesitaban integrarse al mundo del trabajo. En el contexto de dificultades de inclusión creciente de los exiliados, Vicente Zito Lema remarcaba que la emigración argentina estaba compuesta mayoritariamente por profesionales, intelectuales, artistas, técnicos y obreros especializados. Un capital que reclamaba ser valorado por el gobierno o más bien por la sociedad.

A manera de epílogo: exiliados, traducciones y pasajes

Para García Canclini (Yankelevich, 1998: 55), el exilio es una experiencia de “pasajes” y también parafraseando a James Clifford (1999: 18) de “traducción”, de apegos dobles o múltiples, de adecuaciones y transacciones idiomáticas, culinarias, laborales, de economía sentimental, de códigos en las relaciones personales, etc.

Sin embargo, por su origen violento y abrupto, el destierro no es una instancia vital de fácil gestión. En principio, los exiliados enfrentaron el doble desafío de restañar sus heridas, aliviar las marcas psicológicas del horror –aprendiendo a convivir con las secuelas de la tortura, la desaparición o la muerte de seres queridos o amigos de militancia– y de buscar un lugar para vivir, encontrar trabajo, conseguir escuela para los hijos para que continuaran sus estudios o

19. En este contexto pueden comprenderse las palabras de V.A., un entrerriano llegado a Cataluña en Julio de 1976: “Si bien la situación era más fácil que ahora, de cualquier manera la avalancha que hubo en esos años y que se agudizó en 1977/ 1978/ 1979/ 1980/1981, provocó una reacción contraria de la gente que, yo creo, era motivada por dos razones básicas. Primera, por la llegada de los diferentes. La aceptación de los diferentes es difícil. Es un tema de tolerancia. Y, segundo, para nosotros que llegamos era difícil aceptar que llegamos a un lugar distinto. Por lo tanto, nuestra reacción frente a una situación más o menos hostil, era reafirmar lo que traíamos y creo que en muchos de nosotros hubo el “síndrome del republicano español”, el no desarmar las valijas para volvernos, lo cual te lleva a que no te integres” (Entrevista a V.A., Barcelona, 5712/1996).

20. Goligorsky se refería al juicio de su compatriota Vicente Zito Lema: “...los 120.000 latinoamericanos [residentes en España], ¿Qué son? En su gran parte abogados, médicos, ingenieros, arquitectos, artistas, científicos... o sea, no inciden en este paro. Pero hay más: no sólo ellos no inciden; sino que ellos pueden contribuir a cubrir vacíos que tiene actualmente el desarrollo técnico y cultural español. Vacíos reales que están en relación con el apagón cultural que sufrió España durante casi 40 años.” (AA.VV., 1979: 7).

enviar dinero a Argentina para traer a la familia. Así, en el contrapunto y la provisionalidad y con la urgencia de los rápidos aprendizajes, comenzaron –como decía Daniel Moyano– las “adecuaciones” que a veces fueron vividas como inocentes cambios de ropaje y otras fueron sentidas como auténticas claudicaciones, resumidas en el sentimiento de estar “perdiendo” la identidad (*Resumen de Actualidad Argentina*, 1982: 32).

La percepción de la identidad amenazada se vio reforzada en aquellos exiliados con niños nacidos en Cataluña o que eran muy pequeños al inicio de la diáspora y cuando debían ser incorporados a la escolaridad.

“Ahora, a mí lo que se me replantea en torno al tema de la identidad argentina, judía, se me replantea con relación a mi hijo. Creo que a todo el mundo, lo haga consciente o no y use los mecanismos que use, le sacude la identidad, con la particularidad –o el agravante iba a decir, pero a lo mejor no lo es– que estamos en un país donde el tema de la identidad nacional es un tema importante. Creo que sería diferente si estuviéramos en Madrid. Es más fácil estar en un lugar donde la identidad no es un tema candente, cotidiano y con un gobierno que tiene una ideología, un proyecto determinado y es beligerante en el tema.

Yo siempre tuve conciencia de que era un extranjero. Antes que naciera mi hijo era una cosa que no me preocupaba mucho. Era un extranjero que estaba bien. Uno puede vivir, uno puede decidir vivir en el extranjero o como extranjero.

[...]Mi punto más sensible es el tema de mi hijo porque ahí lo que se juega es todo... Aquí se puede vivir como extranjero porque aquí no hay una xenofobia activa. En el ambiente en que me muevo soy bien tratado, en el medio en que me muevo no he tenido problemas. Puedo vivir mi extranjería con cierto confort, pero en cuanto a mi hijo me da pena que pierda nuestras pautas, mi idiosincrasia, no porque sea mejor ni peor, sino porque son nuestras.

Para mí el tema nacional tanto pensado como argentino o como judío es muy complejo. No lo descalifico como algunos argentinos desde cierto universalismo. Es un tema al que le tengo mucho respeto, es un tema complejo. Por supuesto que estoy en contra del nacionalismo como ideología política, pero como fenómeno social creo que no basta con descalificarlo. Pero cuando uno vive en un medio en donde se está reivindicando todo el tiempo “somos”, “somos”, “nuestro pasado”, “nuestra cultura”, genera una reacción. ¿Cuál es mi cultura, mis raíces, mi pasado?”(Entrevista a G.A., Barcelona, 4/12/1996).

Las formas de la “adecuación” y del aprendizaje fueron infinitas, desde las palabras hasta las ocupaciones, desde los roles familiares a los compromisos políticos.

Quizás una de las más significativas fue la de la lengua, pero no sólo la del aprendizaje del catalán, sino la de la “españolización” del modo argentino de hablar en castellano. (*Agermanament*, 1978: 31). Daniel Moyano afirmaba que el exilio era un “problema de lenguaje” porque más allá de las apariencias, entre España y Argentina ocurría lo mismo que entre EE.UU e Inglaterra, “o sea que todos nos une, menos el idioma” (*Presencia Argentina*, 1979: 7).

Una exiliada residente en Cataluña explicaba que cambió su modo de hablar como concesión al trabajo, sus amigos y compañeros catalanes. En su caso, la adecuación fue de vocabulario, pero no ha perdido su acento “argentino”.

“Yo no he cambiado mi acento como lo notás, pero sí mi manera de expresarme. Como siempre he trabajado con muchos más catalanes que con argentinos –salvo ahora–, por eso yo ya el ‘voseo’ no lo uso, las palabras argentinas no las uso, salvo cuando conozco mucho a la gente,

que le puedo decir “¿me ‘bancás’ esto?”, pero en general no uso términos argentinos con catalanes”(Entrevista a D.S., Barcelona, 16/9/1996).

En su testimonio queda claro que la inclusión del exiliado en los códigos de la sociedad receptora dependió tanto de la voluntad del recién llegado de hacerse entender, de conseguir trabajo, de integrarse socialmente, etc., como de la existencia/inexistencia de formas de exclusión o distanciamiento por parte de la sociedad catalana. En su caso, el trabajo fue el camino no sólo para su integración económica, sino también social. Trabajar con catalanes la impulsó si no a hablar cotidiana y sistemáticamente en catalán, al menos comprenderlo y usarlo en forma discreta y sobre todo a *aggiornar* el vocabulario de su lengua materna.

Una psicoanalista exiliada en Barcelona se refería a su relación con el bilingüismo en Cataluña, su aprendizaje del catalán, su “adaptación” al castellano de España:

“Es posible que aquí la emigración argentina fue cualitativamente superior, probablemente porque en Madrid –si bien existían las mismas incógnitas– ofrecía la facilidad del idioma. En cambio aquí había que aprender la lengua. Yo creo que en las inserciones más modestas en cuanto a posibilidades de trabajo y crecimiento el catalán es importante y también en la relación con los otros.

Mi hija entiende perfectamente, pero no tuvo que aprenderlo. Da sus clases en castellano en una Universidad como la Pompeu Fabra sin ningún problema. Además mi hija escribe y habla en castellano. Mi nieta –que nació en Barcelona– hace el C.O.U. y estudió en un colegio bilingüe (inglés-castellano) y habla perfectamente el catalán. [...]

Yo sólo en lo íntimo conservo el ‘voseo’. Bueno, en eso yo también soy bilingüe! Con respecto al castellano, hablo de ‘tú’, como corresponde con la gente de aquí. El ‘voseo’ casi lo estoy perdiendo. El ‘che’ casi ha desaparecido totalmente y fui incorporando algunos modos y palabras nuevas. Cuando en mis clases uso algo en argentino, me resulta afectivamente muy rico. ¡Es algo que no puedo olvidar, ni quiero! Y mi acento me delata totalmente y estoy muy contenta que así sea porque es mi identidad y no voy a perderla. La lengua es la identidad” (Entrevista a S.M., Barcelona, 9/2/1996).

Aunque no puedo extenderme en el tema de los argentinos del exilio y el catalán, cabe señalar que una gran mayoría vivió su aprendizaje sin traumas, lo respetó como elemento clave de la peculiaridad cultural del país, pero no lo convirtió en lengua vehicular. Obviamente, esto no excluyó los usos esporádicos y acotados, pero la mayoría manifestó tener cierta vergüenza al usarlo.²¹ En algu-

21. “No lo hablo, pero lo entiendo. No lo hablo habitualmente, no sé por qué. No lo he ejercitado. Al principio porque no era una necesidad. Y después porque al tener un cierto desfase entre el nivel de comprensión y el nivel de la aptitud para hablarlo, se me hace incómodo. Supongo que si hubiera voluntad, se conseguiría fácil.

En mi práctica profesional (es Psicoanalista), mis pacientes adultos hablan en castellano. Yo no les impongo, pero un paciente para el que el tema del catalán es importante, seguramente elige un analista catalán. ...

La mayoría de los argentinos que conozco lo comprende y no lo habla y de mis amigos sólo lo hablan. Yo conozco argentinos que lo hablan en el trabajo, pero en sus relaciones personales no. Excepciones son los que no viven en Barcelona, que viven en Vic, por ejemplo, que se fueron por razones de trabajo y ellos que están más aislados y que no hay tantos argentinos y donde la presencia del catalán es absoluta, ellos sí lo hablan” (Entrevista a G.A., Barcelona, 4/12/1996).

nos casos, su no utilización se debió a cierta “discriminación positiva” por parte de los catalanes, que automáticamente cambiaban de lengua cuando ellos intentaban iniciar una conversación en catalán. En este contexto, aquello que para algunos argentinos era signo de integración y comprensión, otros lo vivieron como una forma de marcar distancia. Finalmente, otros tantos vieron casi antinatural tener que aprender esa lengua y mucho más que su no aprendizaje supusiera no conseguir un trabajo o al menos tener menos oportunidades para conseguirlo, cuando en “España se hablaba castellano”.

V.A. analizaba las diferentes relaciones de los argentinos con el catalán, remarcando que la lengua era una clave de la “integración”:

“...es cierto que de la colonia argentina había gente que daba la sensación que no se había bajado del avión, que no hacía ningún esfuerzo... No sé quién decía que siempre hay dos partes en el acuerdo como en el desacuerdo. Cuando las cosas funcionan bien es porque ambas partes han puesto algo y cuando funcionan mal hay cosas que no funcionan de ambas partes. Por ejemplo, cuando vos llegás a un lugar desconocido... Hay un viejo axioma, ‘si vas a Roma, haz lo que hacen los romanos’. Porque la gente tiene costumbres, entonces por qué vas a hacer las cosas diferente. Podés hacer las tuyas y que te respeten, pero si ellos quieren tomar pan con tomate pues pan con tomate. Si quieren hablar catalán y vas a vivir acá, haz el esfuerzo de hablar catalán y no como un jugador de fútbol famoso que estaba en Niza, que se volvió y cuando le preguntaron: ‘¿por qué te volviste?’, dijo: ‘Estaba bien, pero todo el tiempo hablaban francés!!!’.

Y por parte nuestra ha habido poca gente que ha hecho el esfuerzo de hablar catalán. Cosa que para ellos es muy importante y si no entendés eso...

Tuve una gran discusión una vez, por la cual al P. y a mí nos decían, ‘los integrados’.

Me acuerdo la discusión. Yo decía. ‘Nosotros no somos los obreros de la construcción murcianos que tuvieron que venir acá porque se cagaban de hambre. Nosotros estábamos en otra, por lo tanto si nos parece insoportable, andate, no te quedes.

P: ¿por qué se produjo esta situación?

Primero, tuvo que ver porque la cosa iba a ser corta y nos íbamos a volver todos. Y también está el tema –y lo engancho con lo de las parejas mixtas– todo lo que hagas para involucrarte en una sociedad que no es la tuya, te resta posibilidades afectivas de volver. Si no te involucrás en nada, vos sos como un corcho. Flotás. Te es más fácil volver. ¡¡Lo cual es absurdo!!’ (Entrevista a V.A., Barcelona, 5/12/1996).

Este trabajo ha pretendido mostrar que los caminos que los exiliados transitaban para encontrarse con los catalanes –desde sus múltiples itinerarios (personales, políticos, individuales, colectivos, etc.) y a ritmos diferentes–, permiten valorar las diferentes identidades sociales asumidas o atribuidas durante los más de siete años de destierro. La exploración de este proceso hizo posible comprender cómo esa pluralidad identitaria orientó en diferentes momentos y frente a distintos “otros” la acción de los argentinos en la sociedad catalana.

Exiliado, perseguido, víctima, desterrado, inmigrante, extranjero, “sudaca”, latinoamericano, etc., fueron sólo algunas de las identidades puestas en juego, que por cierto no agotan la forma en que cada uno de los protagonistas de la diáspora argentina en Cataluña se vio a sí mismo o fue visto por los “otros”. En cada caso, esas identidades eran constructos, destilados de la experiencia de cada sujeto en concreto y resultaban de la tensión entre autoi-

márgenes y miradas externas construidas por referencia a un territorio, una tradición cultural, un marco jurídico, una coyuntura específica, etc.

En síntesis, la experiencia de los argentinos expulsados por la dictadura militar y llegados a Cataluña a mediados de los '70 es un laboratorio excepcional para dar textura a la idea de exilio como experiencia de "traducción" y "pasajes".

Fuentes y bibliografía citadas

- AA.VV. (1979). "Exilados latinoamericanos: España, una opción vital". *El Ciervo*, Barcelona, 339, (Mayo), pp. 6-10.
- AGERMANAMENT et al. (1979). *El exilio latinoamericano en España*. Madrid: s.e., 27-30/4/1979.
- BARÓN, Ana et al. (1995). *Por qué se fueron. Testimonios de los argentinos en el exterior*. Buenos Aires: Emecé.
- C.E.A.R. (1981). *Jornadas sobre Derechos Humanos del Refugiado*. Madrid: C.E.A.R., 16-17/1/1981.
- CLIFFORD, James (1999). *Itinerarios transculturales*. Barcelona: Gedisa.
- GOLIGORSKY, Eduardo (1983). *Carta abierta de un expatriado a sus compatriotas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- TATAR, Julio (1977). *Carta desde el Departamento Argentino de Agermanament a Joan Gomis agradeciendo apoyo de Justicia i Pau a la campaña "Por las Libertades en Argentina"*. Barcelona, 14/3/1977.
- YANKELEVICH, Pablo (Coord.) (1998). *En México, entre exilios. Una experiencia de sudamericanos*. México: Plaza y Valdés Editores.

Publicaciones periódicas

- Agermanament, Revista de Política Internacional al servei dels pobles oprimits*, Barcelona
Avui, Barcelona
- El Mangrullo*, Casa Argentina en Catalunya, Barcelona
- El País*, Madrid-Barcelona
- La Vanguardia Española*, Barcelona
- Noticias Argetninas. Órgano de la Confederación Socialista Argentina*, Madrid.
- Palabra argentina*, Casa Argentina en Catalunya, Barcelona
- Presencia Argentina*, Centro Argentino, Madrid.
- Reencuentro*, órgano de la Oficina de Solidaridad con el Exilio Argentino (O.S.E.A.), Buenos Aires.
- Resumen de Actualidad Argentina*, Club para la Recuperación Democrática, Madrid.
- Testimonio Latinoamericano, Círculo de Estudios Latinoamericanos*, Barcelona.